

LA FLOR DE JADE

SERIE ÉPICA

Primera edición,
Junio 2010

Copyright © Jesús Barona Vilches
Copyright © Mundos Épicos Grupo Editorial
Copyright de las ilustraciones © Mundos Épicos Grupo Editorial

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

MUNDOS EPICOS

GRUPO EDITORIAL

C/ Rosa García Ascot, 11
Portal 4, 3ºB, 29190
Puerto de la Torre, Málaga
Tlf: 951 93 11 34
info@mundosepicos.es
www.mundosepicos.es

ISBN: 978-84-92826-07-0

Ilustración de portada: JAVIER CHARRO
Ilustraciones interiores: JOSÉ ANTONIO RANDO
Diseño gráfico y maquetación: PABLO GUIL

Impresión: PUBLICACIONES DIGITALES S.A.

Depósito legal:

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro,
ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

<http://laflordejade.mundosepicos.es>

LA FLOR DE JADE

LIBRO SEGUNDO

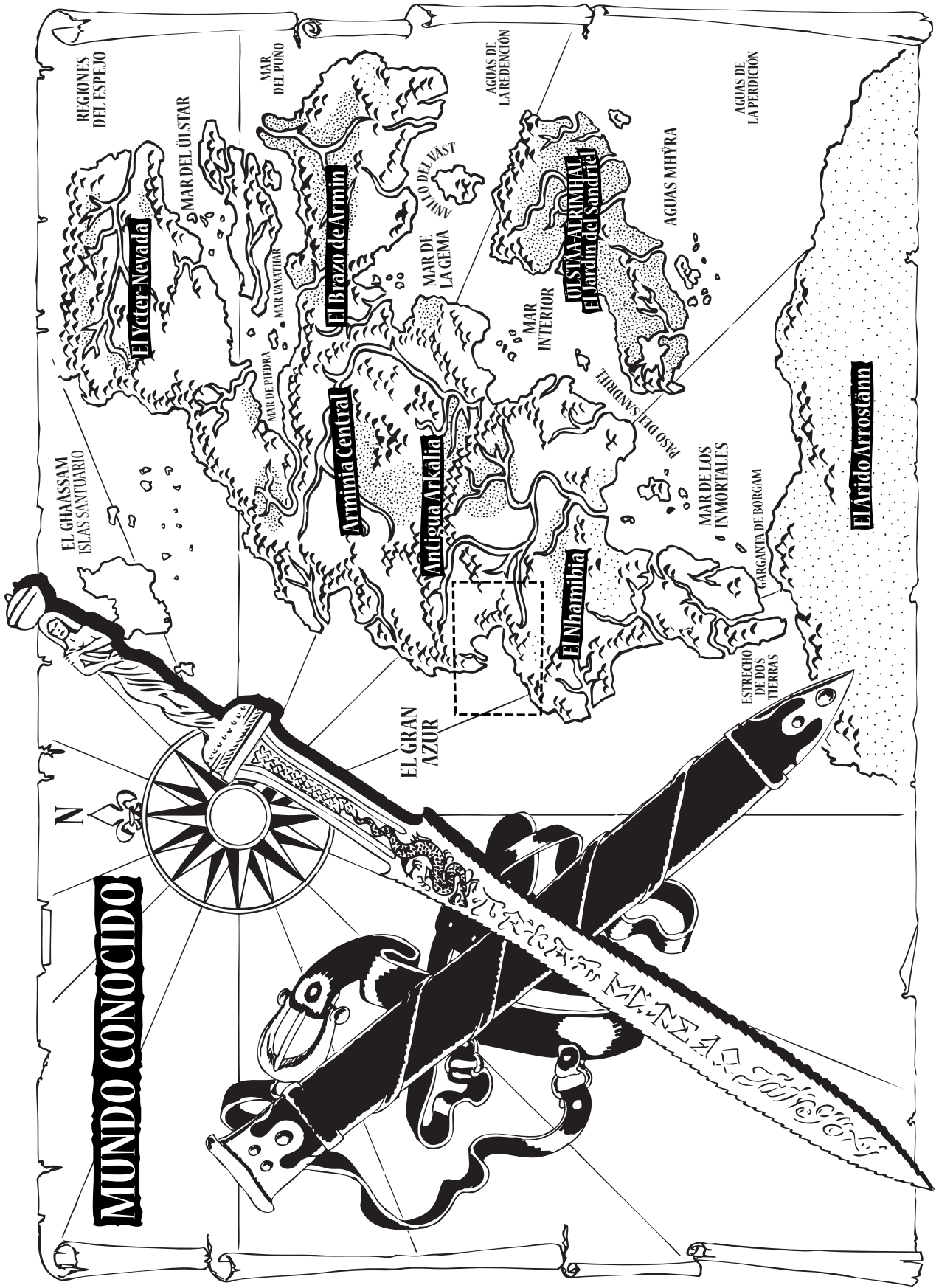
EL CÍRCULO SE ABRE



J. VILCHES



A MI ABUELO, MANUEL VILCHES, DE QUIEN SIEMPRE QUISE RESCATAR SU APELLIDO. TUS HISTORIAS INCREÍBLES ME DEJARON A LOS 10 AÑOS, PERO NADIE COMO TÚ ME HIZO VIVIR LA VERDADERA FANTASÍA. ESTA HISTORIA ES TU LEGADO. YO SÉ, ME LO HAN DICHO EN SUEÑOS, QUE ALLÍ DONDE ESTÁS YA LES HAS CONTADO A TODOS QUE TU NIETO CAMINA PORQUE CONTIGO APRENDIÓ A ANDAR.



¡Por mi Honor, mi Estirpe y mi Vida...!
¡Por los Dioses que amparan la Luz...!
¡Por las Vidas que dependen de mi puño y mi templanza...!
¡Por las virtudes de los Justos y contra los vicios de los Infieles...!
Juro ante el Círculo y por el Círculo servir a los propósitos
para los que he sido reclamado.
Juro satisfacer los anhelos depositados en mí, por mis mentores,
por mis padrinos y mis hermanos.
Juro alzar la espada para combatir el mal en todas sus formas,
en todos sus ritos, contra todos sus siervos y adoradores,
sean cuales fueren sus nombres.
Juro no mostrar piedad al castigar cada acto impío, cada ejercicio cruel,
cada injuria contra los Dioses o los Hombres, y ante ellos; con mi vida.
Para tal empresa confío, con la devoción de un mártir,
en las Espadas que se forjaron conmigo,
en mis compañeros de Juramento.
A ellos confío mi vida,
para ellos no tengo secretos,
ante ellos no albergo dudas...
Así sea, que este Círculo Sagrado de espadas se vuelva pabellón de la Luz;
me acoja como a un hijo, como a un padre y como a un hermano,
para defender mis votos, mi alma y destino
ante el mal que corrompe el mundo, y me ayude, como yo juro
ayudar a mantener el Equilibrio y proteger a cuantos se vean inermes
ante la Sombra.
Que mis votos sean grabados a fuego para siempre,
pues todos han de conocer mi compromiso.
... De (incluir el nombre del Juramentado) para el Círculo.

EXTRACTO FINAL DEL JURO DE LA LUZ





**NA LUNA ENSANGRENTADA SE RECORTABA
ENTRE LAS OQUEDADES DEL CIELO...**



Se vislumbraba a ratos. Se intuía en otros. Lo hacía a través de una noche que se cubría por un inquietante manto de nubes grises. Sus siluetas vaporosas se desdibujaban como un algodón ennegrecido que se deshilacha y deshace al estirarlo. Las amenazadoras puntas de lanza que eran los extremos del astro parecían apuñalar desde las alturas el brumoso escenario hiriéndolo de muerte. Soplabá un viento quejumbroso aquella triste madrugada; una melodía fantasmal que cobraba dimensiones sobrenaturales cuando, al filtrarse por alguna grieta entre las piedras de aquella torre, gemía con lastimero canto y helaba la sangre.

Unos ojos cansinos contemplaban el ruinoso paraje desde una ojiva abierta en el muro. La siniestra noche ponderaba aquella imagen desolada ante sus pupilas. La



torre desde la cual miraban era la única construcción intacta del recinto amurallado.

La resistencia había sido feroz allí, mucho más que tras los muros de la misma ciudad. Hacía mucho tiempo de aquello y, aun así, cada noche volvían a su mente las imágenes de terror, los gritos y el sonido de los aceros cruzándose entre ellos... Costó muchas vidas tomar el alcázar. Los defensores murieron en su mayoría, todos los que pudieron empuñar armas pagaron con su vida o guardan marcas inequívocas de aquel combate. A las tropas del exterminio les resultó aún más caro: meses y centenares de bajas doblegar aquellos sólidos muros. Por esa razón, cuando por fin se arrodillaron ante el enemigo y este penetró en el recinto encontrándolo desierto, las hordas de orcos sólo pudieron saquear lo poco que pudieron encontrar, apenas nada; incendiaron el lugar y se marcharon para no volver.

Decían que habían sido las propias murallas quienes habían luchado contra ellos, que no había defensores en su interior y que aquel lugar estaba maldito. Esa ingenua superstición había salvado muchas vidas, aunque siempre estaba el temor de no saber en qué momento podrían regresar. Realmente les tenían muy cerca; a sólo unas millas a caballo. El Culto se había instalado en Tagar después de la matanza. Era una magnífica plaza en las rutas hacia Durgan Lynn. Ahora aquella señorial ciudad sólo era ruinas y recuerdos. Poco se salvó de la destrucción. El Culto apenas la pudo conservar como acantonamiento militar. La resistencia fue terrible, el asedio largo y cruel, la batalla por las murallas, inhumana. La población fue prácticamente aniquilada. Al menos eso es lo que el enemigo supuso cuando al fin logró penetrar en sus calles.

Nunca sospecharon que en realidad muchos habían huido, bajo la tierra, hasta el Alcázar. Aquella fortaleza en la misma frontera del vecino reino enano de Tuh'Aasâk. Aquella magnífica construcción que se alzaba como un acantilado sobre el mar y que todos conocían como el Alcázar de los Héroe.

Aquella ajada figura se retiró de la estrecha ventana y se sumió pesadamente en la envolvente negrura del interior. Caminó tambaleante, apoyado en una tosca muleta: las secuelas de la batalla le habían dejado sin una pierna, entre otras irreparables pérdidas. Conocía los muros como su propia casa; cada recodo, cada pasillo, cada objeto... Alcanzó jadeante un pequeño sitial, apoyado en una pared frente a la ventana. A su antiguo dueño le gustaba pasar horas sentado contemplando desde aquí los amaneceres y los ocasos.





Él había tenido la suerte de conocerle. Le recordó melancólico, como solía ser, aún antes de la tragedia... ¿Qué habría sido de él... de ellos... de todos ellos? Este lugar que fue siempre un recinto tan concurrido, parecía ahora tan cadáver como el resto de su mundo.

Dejó caer aquel cuerpo cansino sobre la madera recia del asiento que crujió al recibirle. Desde allí la luna atravesaba el marco de nubes y se colaba por la misma apuntada ventana por la que hasta hacía unos momentos sus ojos habían contemplado la desolación exterior. Parecía que pudiese mirarle. Así era la diosa oscura y sus huestes: como las aves de presa. Nunca descansaban...

Su tenebroso haz de luz blanquecina le golpeaba la cara, como si el astro le mirase directamente a los ojos; de igual forma que le alumbraba el rostro y permitía hacer visibles sus marchitas facciones. Era una faz dramáticamente envejecida: unos cabellos, antaño vigorosos y de llamativo color cobre caían grises y ralos. También en escaso número, como un contingente de tropas progresivamente abatido durante el combate. Su barba, tiempo atrás recia y abundante, se poblaba innoble por la dejadez y el olvido. La mirada, preñada de lastre, se hundía en sus cuencas, cansina, deshecha. Guardaba aún un atisbo de la celeste chispa que anidó en su juventud y madurez...

Se había convertido en un viejo tullido e inútil; muy lejos de los días en los que la Arena¹ se rendía ante él. Estaba tan cansado... tanto, que a veces sólo deseaba que llegase plácidamente la muerte. Una muerte merecida, tantas veces burlada por sus destrezas y la fortuna. Pero ni siquiera eso podía permitirse aún.

Poco a poco se dejó vencer por la somnolencia y su cuerpo maltrecho cayó sumiso al sueño.

Un sonido extraño le desveló...

Abrió los ojos con más dificultad que pereza y una masa informe de imágenes distorsionadas hicieron aparición en su retina. Le había parecido un golpe, un pequeño eco metálico; aunque era muy probable que su percepción estuviese deformada por el sueño. Acto seguido le había sugerido un débil susurro. Parpadeó con cierta insistencia al tiempo que trataba de recuperar cierta compostura. La neblina intensa de sus ojos acabó

1 Anfiteatro de la ciudad de Tagar; probablemente, después del Anfiteatro Imperial, el más prestigioso y popular de la Carrera de Armas.





por diluirse y en su lugar sólo quedó cierto dolor en el cuello y la espalda, como recuerdo de una mala posición sobre la silla. Pensaba que aquellas sensaciones no habían sido más que imaginaciones creadas o recibidas por una mente quebrantada que transita en las fronteras de la vigilia y el sueño cuando... Esta vez el susurro se hizo perfectamente audible, conciso, claro. Las sombras le llamaban y lo hacían por su nombre.

—¿Quién anda ahí? —alzó la voz el anciano—. ¿Kennel, eres tú? Dije que nadie subiera aquí—. Sólo hubo silencio por respuesta. Un silencio hosco y desagradecido, luego un friccionar metálico—. ¿Kenn? ¿Göser? Malditos mocosos —vociferó tratando de incorporarse torpemente—. ¡Os daré una patada en el trasero si andáis merodeando por ahí!

—Maestro...

Aquella voz le heló la sangre y le hizo retornar de inmediato al solemne entronizamiento. No era ningún susurro; resultaba una voz perfectamente modulada, serena, que llegaba a sus oídos muy cerca.

Los ojos buscaron con desesperación al dueño de aquellas palabras: una persona que se había perdido en la memoria del tiempo y que ahora regresaba como si la ausencia no hubiese durado más de unos instantes. Sin embargo, el pecho del anciano caballero palpitaba con una agitación acelerada. Un extraño calor en la nuca le advertía que esa voz no podía haberla escuchado realmente. El aludido se revolvió en el asiento y notó como comenzaba a sudar.

—Hathl 'Kassar... —repitió aquella voz joven y agravada. Luego continuó aquel friccionar metálico y no tuvo dudas de que se trataba del entrecocar de las piezas metálicas de una armadura—. ¿Me habéis olvidado? Soy Valior, Hathl 'Kassar... Valior, del puerto de Sohlvar...

Entonces la figura avanzó y se dejó ver.

Era un hombre joven, pese a su luenga y espesa cabellera dorada que le arrastraba hasta los hombros. Sus facciones endurecidas se escondían tras unas barbas pobladas y unos recios bigotes del mismo nórdico tono. Era muy alto y corpulento, mucho más de lo que solía verse en estas regiones. Avanzó un poco más y su atavío de guerra brilló a la luz de la enfermiza luna. Su armadura lucía sin mácula todos los ornamentos de su rango. Una pesada y gruesa coraza. Parecía estar recién bruñida aunque los ojos que la contemplaban sabían que debía haber permanecido bajo tierra al menos los últimos cincuenta años.

—¿Valior? Va... lior —repitió el anciano con un hilo de voz que evidenciaba su turbación—. Tú... No es posible... Tú... estás...



—Muerto, Hathl’Kassar. Estoy muerto, como la mayoría de los hermanos. Caí en Massar, con la tercera guarnición. ¿Recordáis? Por entonces ya no existíamos.

El espectral guerrero se aproximó un tanto más; su aspecto era tenebrosamente saludable y su voz reverberaba entre los vacíos muros del torreón. Nadie hubiese sospechado su naturaleza sobrenatural.

—¿Ni siquiera los muertos descansan en estos días de oscuridad? —preguntó sorprendentemente sereno el anciano personaje.

—Sois el Hathl’Kassar y el más anciano de cuantos nos sobreviven. Sois el Portador de la Sangre de los Fittefürghs, Vos portáis aún la Herencia. La Sombra se extiende a tanta velocidad que perturba el descanso de quienes ya dejamos este mundo. Los guerreros han muerto, pero la Orden... La Orden debe resucitar. He sido enviado para encomendaros una última tarea. Jerivha clama Justicia de nuevo y la Justicia descansa en la Lanza y el Martillo entregada a vuestra stirpe. Los Engendros del Desollado han vuelto. Los Doce se han levantado. La Sangre del portador de la Lanza se hace necesaria una vez más.

—Dioses —suspiró el anciano. De todas las terribles noticias que aún podían sobrevenir en aquel escenario desolado, aquella era sin duda la peor de todas.

—Yo, Valior, viejo amigo... soy un anciano... enfermo —confesó con una terrible amargura. Era perfectamente consciente de lo que trataba de decir a aquella aparición—. Los hermanos se han disgregado. Sólo me resta esperar la muerte plácida como recompensa a una vida que se dilata ya demasiado. Mi buen Valior, únicamente deseo unirme a vosotros en este tránsito.

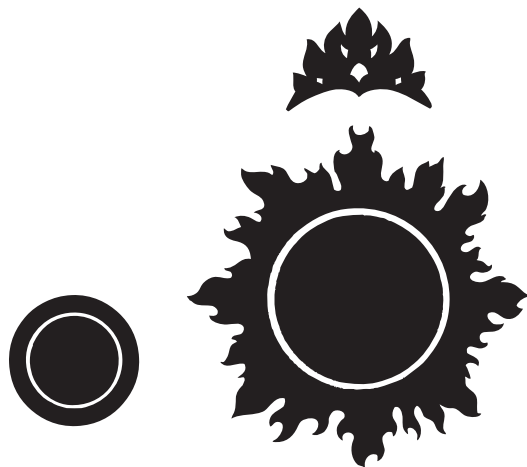
—No podéis morir aún, Hathl’Kassar. Debéis convocar a los que resten, renovar los votos secretos y hacerlos conocer al nuevo Heredero. La Herencia no puede perderse, Hathl’Kassar. Está en vuestras venas y... en vuestro linaje.

—No existe tal linaje, mi buen Valior.

—Existe. No sois el único. No sois el último... aún no. Hay otro, pero él no lo sabe. Y vos tampoco. Debéis reconocerlo. Recordad... el Heredero lleva la Marca.

EL CÍRCULO SE ABRE

EVENTO DECIMOQUINTO



«Todos los enigmas, todas las respuestas, caminan en círculo»

PROVERBIO KANNPTA

SUS POROS SE ABRIERON COMO UNA MUJER GENEROSA EN MANOS EXPERTAS...

El cálido cortinaje de vapor ascendió en voluptuosas formas desde el suelo, abrazando con un tacto translúcido aquel desmesurado cuerpo cargado de marcas.

Era consciente de que la mayoría de los combatientes preferían pisar el caldarium después de la pelea; sin embargo, como regresar podía ser un privilegio del que nadie tenía certezas, él solía disfrutar de los vapores de la sauna antes de la amarga incertidumbre de la lucha.

Legión apoyó su descomunal espalda en la áspera piedra, antaño revestida de cerámica vidriada. Se frotó los ojos con la misma pesadumbre de quien ha vivido interminables años e intenta desprenderse de la mayoría de sus recuerdos. Ya ha-



bía pisado aquellos húmedos recintos con anterioridad, pero en su recuerdo aquellas salas tenían un aspecto más benigno. Cuando el olor a perfumes y aceites reemplazaba al de la sangre y la muerte, cuando apuestos mozos asistían a los luchadores con sus armas y armaduras, y hábiles manos de sirvientas masajaban las espaldas doloridas. Cuando todo eran cortesías y no la jauría histérica de vítores que se escuchaba tras aquellos muros de piedra.

Ya nada quedaba en pie de todo aquello... únicamente sus propios recuerdos.

Las gotas de sudor le recorrían el cuerpo como corceles salvajes. Se miró las manos; aquellas manos gruesas y endurecidas por la sangre de cientos de adversarios. Casi no las reconocía. Todo su cuerpo le parecía ajeno. Contempló despacio sus muslos hinchados, cuajados de las señales que el acero enemigo había trazado en ellos a lo largo de los años, luego pasó sus pupilas hacia aquellos bíceps desarrollados hasta un volumen imposible y acto seguido las volvió a su torso vestido por los pigmentos curviformes, tatuado por docenas; pues estaba marcado, como si hubiese sido flagelado por el mismo demonio. Había heridas que dolían más que aquéllas; cargas que pesaban más que los años superados...

De fondo se escucharon unas enloquecidas arengas que consiguieron penetrar como una marea en el zumbido monótono del vapor a presión. Entonces supo que había caído el primero.

Movió la cabeza apesadumbrado y en su memoria resucitó un nuevo recuerdo... Cuando gladiar resultaba un arte, cuando en la arena había honor y el vencedor ofrecía su mano al vencido. Qué lejos quedaban aquellos recuerdos.

«Pronto llegará mi turno», pensó.

Cerró los ojos y se concedió una tregua.

—¡¡Menudo puerco!! ¡¡Ha despedazado a otro!! —gritó Talión emocionado, volviendo su rostro de entre la marea de cabezas que se apiñaban ante la exigua abertura que comunicaba las cámaras interiores con la Arena. Por entre los barrotes que celaban aquel estrecho marco se colaban con dificultad los rayos oblicuos del sol y los gritos enloquecidos de los espectadores que en el exterior disfrutaban del cruento espectáculo.

—¡Es un endemoniado carnicero!

—Ese bastardo sabe cómo entusiasmar a su público —apostilló Berken mientras afilaba su hacha de guerra. Era un enano de aspecto feroz, cuyas secuelas en el rostro impedían que le saliese la mitad de la barba. Ahora era el mayor de tres hermanos desde que su predecesor muriese en combate hacía ya algunos años. Los cuatro hermanos, desde entonces sólo tres,



combatían juntos formando un grupo; eran los más veteranos en la compañía de gladiadores independientes de Legión y su aparición en la arena, de las más celebradas. La piedra con la que afilaba el acero emitía un sonido escalofriante al rasgar el metal, pero aquél se desvanecía entre la algarabía caótica de las salas preparatorias—. ¡Târ! Dame más aceite.

Talión volvió a elogiar las artes de su compañero de armas: —¡¡Así, Ahhard, destroza a esos bastardos!!—. Tras ellos se asomó el cráneo astado de Hiczo, un minotauro colosal que no necesitaba encaramarse a ningún lugar para divisar la escena. El húmedo hocico de aquel tremendo guerrero rozó el cogote de uno de los presentes. Éste se giró molesto.

—Demonios, Hiczo. ¡Aparta tu aliento! Apesta a cabra —bramó un pequeño humanoide con aspecto de rata que no parecía intimidarse ante la soberbia estatura del tauro—. Deberías escoger mejor tu compañía, la próxima vez desfógate con una hembra de tu propia especie.

—Rhash'a, deja al toro —añadió el enano recogiendo el tarro de ungüento que le acercaba su hermano; pero Hiczo no había tomado demasiado en cuenta el comentario del guerrero deforme.

Nuevos vítores se dejaron escuchar provenientes del público que abarrotaba el graderío del anfiteatro. Hiczo lanzó una mirada lánguida por encima de las cabezas de los congregados y dejó escapar el aliento intencionadamente sobre la nuca peluda de Rhash'a antes de volverse.

—Tu madre era una vaca, ¿lo sabías? —pero el poderoso Toro de Berserk ni siquiera prestó interés al insulto. Se volvió hacia el interior de aquella cámara estrecha y maloliente inundada de ruidos. Había un denso aroma a sudores y metal caliente, pesado como el plomo, que molestaba incluso al olfato torpe y desagradecido de un Toro. También el eco de las voces de otros gladiadores, el trasiego de las armas y las armaduras y los gruñidos constantes de los orcos destinados en los subterráneos hacían imposible entenderse sin alzar algo la voz. Además, los escasos rayos de sol que lograban incidir en los muros, lo hacían a través de las estrechas rejillas de ventilación que conectaban directamente con la arena de batalla y resultaban del todo insuficientes para iluminar las cámaras. Esto obligaba a utilizar antorchas que contribuían a restar parte del oxígeno al apelmazado ambiente interior sin lograr remediar por completo el problema de la iluminación.

—Ese perro disfruta con esto —dijo el minotauro con su voz cavernosa hasta el sobrecogimiento.

—¿Tú no? —Hiczo volvió la vista hacia una figura delgada y enjuta cubierta de tatuajes que calibraba el peso de su pica en una de las esquinas



menos iluminadas. Sólo la silueta recortada de su inusual cabellera hacía suponer su posición.

—Soy un convicto, Crestado —añadió, haciendo mención al aspecto del cabello de aquél, cortado y erecto en forma de alta cresta—. Me espera la muerte en mi tierra, si regreso.

—Como a todos —manifestó con cierta desidia en la voz uno de los hermanos enanos acabando de colocarse su armadura.

—Dejaos de cháchara, parecéis un corrillo de alcahuetas. ¿Quién es el bastardo que tiene el aceite? —irrumpió una voz gruesa que resultaba inconfundible para aquella hueste. Todas las cabezas se volvieron hacia él.

Del arco que comunicaba con las saunas había surgido una figura desnuda. Quizá en un tiempo remoto podía haber sido un hombre, un hombre de una envergadura colosal que rivalizaba sin problemas con las dimensiones del astado... pero quizá en otro tiempo. Su musculación estaba tan desarrollada que abultaba cada pliegue y cada vena de su cuerpo como si aquellos fuesen surcos insalvables, barricadas de una guerra feroz; en cuya piel se mezclaba el agrídulce espectáculo de las cicatrices y los tatuajes. Aún en completa laxitud, su torso y su rostro se endurecían como si estuviesen picados en piedra. Aquel coloso parecía ser capaz de amasar el hierro con las manos desnudas o arrancar de cuajo una cabeza si la embestía con aquellos exagerados muslos.

—¡Legión!

—¡Maldita zsea, Berrken! —exclamó otro personaje acaparando en torno a su demanda toda la atención. Xixor, un imponente hombre saurio de coronada testa y cuerpo erizado, arrebató de un zarpazo el tarro de unguento de la mano del enano—. ¡Te he dicho mil vezsess que no uzsezs mi azsséite para luzsstrarr tuzss armazss! —El enano levantó las manos en señal de paz pero no pudo evitar sonreír ante el súbito enfado del guerrero saurio. Legión pasó lentamente entre ambos en dirección a sus piezas de armadura al tiempo que lanzaba una mirada de desaprobación al enano.

—¿Cómo le va a Ahhard? —dejó caer la pregunta lacónicamente.

—Suma dos cabezas —contestó el semielfo entusiasmado con el espectáculo que se desarrollaba fuera. De nuevo el aullido de unos vítores se coló por entre los barrotes.

—Ya son tres. Queda uno. Está masacrando a esos Arnamantes² —corrigió Rhash'a—. En su lugar, jefe, me daría prisa.

2 Centauros nómadas muy belicosos. Muchos de ellos han acabado como escuadras de caballería en los ejércitos del Exterminio.



—¡Dejad al loco que disfrute! —bramó Hiczo—. ¡Dejad que les ofrezca el espectáculo que quieren ver! ¡Dejadle derramar sangre!

—¿Aún estás con eso, Hiczo? —dijo el crestado sin dejar de prestar atención al calibrado de su estaca.

—Me temo que alguien ha vuelto a abusar de la cerveza barata —suspiró el enano, a lo que el Toro respondió con una mirada ardiente desde su testa astada.

—Dejadle en paz —amonestó el poderoso Legión al resto de sus hombres—. Hiczo, necesito que me echés una mano con la armadura—. Probablemente el coloso astado era el único que podía cargar las pesadas piezas que componían la armadura de Legión.

—Hiczo sabe que tú eres el rey, D'akoram³ —le susurró mientras amarraba las correas del peto—. Esas bestias pagan por a verte a ti, mi señor; por eso Hiczo te respeta.

—Yo también respeto al poderoso Hiczo —añadió el enorme guerrero, devolviéndole el cumplido. Un minotauro, aunque fuese un convicto asesino como sin duda aquél era, jamás elogia a nadie sin motivo; y existen muy pocas cosas capaces de impresionar a un guerrero de semejante calibre.

—Tú eres el amo. El mediohumano sólo busca impresionar, arrebatarle un poco de su gloria al verdadero jefe.

Legión también pensaba que Ahhard era un bastardo demente, quizá por eso no tomó partido en la disputa que mantenía el berseker con el resto de los gladiadores. Apartó la mirada hacia un lado y divisó al último de los hermanos enanos que cosía una herida profunda en el muslo de Karla; la única mujer de su compañía. Ella apretaba los dientes y propinaba largos tragos de un brebaje enano. Aún recordaba cuando aquellas heridas solían tratarse con magia. Qué poco quedaba de elfo en ella... quizá tan poco como de humano en él.

—¿Cómo sigue esa pierna? —preguntó el impresionante luchador intentando encajarse en el desmesurado peto que habría de proteger el torso—. ¿Podrás pelear esta tarde? Aún puedo anular tu turno.

—¡¡Ni se te ocurra dejarme fuera esta vez!! —le protestó con energía la chica, que se había afeitado el cráneo y tatuado el rostro para dar un aspecto mucho más feroz.

³ Antiguo vocablo «D'oram», hablado por las tribus Tauras del Othâmar, literalmente significa «Estandarte» aunque suele emplearse a menudo como sinónimo de «Líder», «Señor», «Caudillo».